*¿Qué se llevaron con los 30.000? Una aproximación sociológica a la relación entre aniquilamiento y despolitización en la Argentina actual.*

Palabras clave: Realización Simbólica, Memoria, Política.

▪ Nombre y apellido: Bellia Cordido Cecilia.

▪ Afiliación institucional: Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires - Observatorio de Crímenes de Estado FSOC-UBA.

▪ Correo electrónico: [cecibelliac@gmail.com](mailto:cecibelliac@gmail.com)

▪ Máximo título alcanzado o formación académica en curso: Estudiante de grado.

▪ Eje temático-problemático que ha aceptado la ponencia: EJE 13. Memoria e Historia Reciente.

*I - Introducción*

Lo ocurrido en Argentina durante los años ‘70 constituye un problema político y de investigación desde hace ya varias décadas. Dentro de las distintas perspectivas dedicadas a analizar los hechos, los estudios críticos sobre genocidio buscan comprenderlos en tanto proceso, dando cuenta de su dinamismo y extensión más allá del aniquilamiento en sí mismo.

En *El genocidio como práctica social* (2007), Feierstein propone comprender las prácticas sociales genocidas en tanto tecnología de poder específica. Dentro de los cuatro tipos básicos que identifica[[1]](#footnote-1) se encuentra el genocidio reorganizador, la práctica social genocida cuyo objetivo central es romper con las relaciones de reciprocidad en el contexto de una sociedad existente (Feierstein 2007). La utilización de este concepto presenta dos desafíos; en primer lugar, comprender que la muerte no es el fin sino un medio y en segundo lugar, que la reorganización social no comienza ni termina con el aniquilamiento. Este tipo de práctica genocida actúa no sólo sobre quienes corporizan las relaciones sociales que se quiere clausurar, sino también -y fundamentalmente- sobre el resto de la sociedad, “en verdad, el proceso se encuentra dirigido al conjunto social” (Feierstein, 2007: 104). No alcanzará con aniquilar a las personas que encarnen el tipo de relaciones sociales que se busque eliminar, la sociedad deberá ser reorganizada de forma tal que quede clausurada la posibilidad de existencia de esas relaciones a futuro. Quienes lleven a cabo un genocidio no sólo buscaran arrancar -ciertas- flores sino también detener de una vez y para siempre la primavera[[2]](#footnote-2).

Así como no se limita a sus víctimas directas / materiales, este proceso tampoco se circunscribe -en tiempo ni espacio- al momento histórico de sus muertes. Feierstein (2007) periodiza estos procesos en cinco etapas; la construcción de una otredad negativa, el hostigamiento, el aislamiento, las políticas de “debilitamiento sistemático”, el aniquilamiento y la realización simbólica. Esta última etapa presenta una característica diferencial con respecto al momento material del genocidio[[3]](#footnote-3), no depende directamente de los perpetradores. En última instancia, el grado de realización[[4]](#footnote-4) dependerá de la existencia de narraciones y representaciones de lo sucedido que reproduzcan el aniquilamiento en el plano simbólico, que obstaculicen la reaparición del tipo de relaciones sociales que se buscaron eliminar en un primer momento. No cualquier representación será útil en este sentido ni tampoco será estable el rol de las mismas, aquellas que en un determinado momento faciliten una elaboración crítica “pueden terminar clausurando otras posibilidades de elaboración, tanto en otras circunstancias geográficas como en el mismo ámbito una generación o varias después” (Feierstein, 2012: 186).

Las representaciones entonces, variarán dependiendo del momento histórico y entrarán en disputa constantemente en este proceso dinámico, aquí un concepto factible de ser relacionado es el de marcos sociales de la memoria. En *La memoria colectiva* (2004), Halbwachs plantea que los recuerdos son colectivos y se adaptan al conjunto de percepciones actuales, en ese sentido la memoria es un ejercicio presente. Para el autor son las personas quienes recuerdan, pero como miembros de un grupo, por lo que las memorias individuales se encuentran enmarcadas socialmente, de allí el concepto de marco social. Estos marcos portan los valores, representaciones y visiones del mundo de cierto grupo dando sentido a las rememoraciones individuales, “nuestros sentimientos y pensamientos más íntimos se originan en entornos y circunstancias sociales definidos*”* (Halbwachs, 2004:36). La memoria para Halbwachs entonces, es social en tanto requiere de una memoria colectiva que la encuadre, múltiple porque existen varios marcos y cambiante porque éstos no se mantienen siempre iguales. La memoria también es finita, porque dura lo que la pertenencia al grupo y selectiva en tanto se conforma no solo de recuerdos sino también de olvidos. Dentro de la disputa por la realización simbólica del genocidio, distintos marcos sociales permitirán realizar distintas lecturas.

La lucha por la memoria forma parte de estos procesos y de ella dependerá la posibilidad de una apropiación crítica de lo ocurrido para la acción en el presente, lo que exige prestar especial atención al contexto socio-político donde se produce. A lo largo de la historia post-dictatorial argentina, entraron en disputa diferentes representaciones de lo sucedido que se fueron articulando con el sentido común de la sociedad. A partir de la construcción de la categoría estructuras de sentido[[5]](#footnote-5), Silveyra (2022) analiza los principales modelos explicativos sobre lo ocurrido en los ‘70 que surgieron en el período 1983-2015.

La primera de estas estructuras es la de los dos demonios que se consolida en los años inmediatamente posteriores al fin de la dictadura “en interlocución directa con el modelo explicativo propuesto por los propios militares” (Silveyra, 2022: 169). Bajo la lógica propuesta por esta narrativa, el conflicto comienza con el accionar de las guerrillas al que se responde con una violencia desmesurada por parte de los que usurparon el Estado[[6]](#footnote-6). Las organizaciones populares armadas por un lado y las Fuerzas Armadas por el otro resultan igualmente demonizadas y la víctima pasiva de su disputa será la sociedad en su conjunto, la cual se presenta como ajena al conflicto. Coincidiendo en actores y conflicto con la teoría de los dos demonios, la estructura de sentido de la pacificación se caracteriza por lo que Silveyra (2022) define como la hegemonía del tiempo presente, “mañana no se sabe, ayer ya pasó y no importa” (Silveyra, 2022:174). Para enfocarse en el futuro, la sociedad debía dejar atrás esos “temas del pasado” porque, en definitiva, ya no había nada que hacer.

De acuerdo con la estructura de sentido de genocidio, los actores se identifican de manera muy distinta a las estructuras anteriores. Las víctimas del proceso se identifican por su calidad de militantes, permitiendo la diferenciación de identidades y prácticas dentro de ese colectivo que los aunaba. Bajo la denominación de genocidas, se incluirán no sólo las Fuerzas Armadas sino también dirigencias de la sociedad civil, sectores empresarios y funcionarios estatales. Cabe señalar que esta estructura que permite dar cuenta tanto de las prácticas genocidas como de las prácticas e identidades de aquellos que habían sido perseguidos[[7]](#footnote-7) nunca logró constituirse en hegemónica.

La cuarta y última estructura de sentido es la del terrorismo de Estado que, si bien logró revalorizar la política en tanto herramienta de transformación, no permitió realizar una apropiación efectiva sino una reivindicación casi mítica de las víctimas. Consecuencia de una falta de análisis crítico de las prácticas de aquella “generación diezmada”[[8]](#footnote-8) se produce lo que la autora define como repolitización bajo una matriz liberal, permaneciendo ausentes los proyectos políticos particulares, las organizaciones y las distintas tácticas y estrategias en disputa que existían en el movimiento popular.

Hoy en día, elementos de todas estas estructuras de sentido se hacen presentes, por lo que cabe preguntar ¿cómo -se- explican lo sucedido las personas que no poseen memoria biográfica sobre los hechos? En *El presente del pasado: las representaciones acerca del pasado dictatorial en estudiantes de escuelas secundarias del partido de Tres de Febrero,* Levy (2011) explora las representaciones sobre la dictadura en estudiantes secundarios. Dentro de los hallazgos que realiza, advierte que en los relatos de los jóvenes encuestados existe una exclusión de la esfera económica-social en la explicación causal y en las consecuencias del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. Frente a esto, el autor plantea que una verdadera política de memoria deberá no solo repudiar el pasado sino hacerlo desde una conciencia crítica que permita articular pasado con presente. Pensando esta articulación, Flaskamp (2002) advierte que, una vez finalizada la dictadura militar, el proyecto político-económico impuesto se sostuvo por vía democrática. De hecho, años después de la publicación de los trabajos mencionados, se produce la primera victoria democrática en el país de un partido autoproclamado de derecha, lo que constituye un parteaguas en la historia post-dictatorial Argentina e inaugura un nuevo capítulo en la historia de la lucha por la memoria.

Es en este escenario en el que se enmarcan dos fenómenos que desde hace ya unos años han empezado a constituirse como objeto de atención: el avance de la “apolítica” -sobre todo en los más jóvenes- y la reaparición de discursos negacionistas. Si bien se trata de fenómenos que se registran a escala global, adquieren una expresión particular en nuestro país. *Prima facie* despiertan interés entre científicos sociales de todo el mundo, pero al contextualizarlos en una sociedad post-genocida se vuelven de urgencia sociológica.

En este marco aparece una serie de interrogantes, ¿Cómo se relacionan aniquilamiento y despolitización? ¿Cómo se explican los jóvenes lo sucedido en los ‘70? ¿Qué lugar le dan a la política en ese proceso? ¿Y ahora? Es por esto que este trabajo se propone ensayar algunas aproximaciones para pensar los efectos transgeneracionales del genocidio a partir de las representaciones de los jóvenes sobre lo ocurrido. Específicamente, se buscará reconstruir la causalidad que le dan a los hechos e identificar qué lugar le dan a “la política” -en sentido amplio- dentro de esa causalidad y en la actualidad.

Para dar cumplimiento a estos objetivos, se analizaron diez entrevistas en profundidad realizadas a jóvenes de entre 18 y 30 años del Área Metropolitana de Buenos Aires en septiembre de 2021. Dichas entrevistas estructuraron en tres partes, la primera abordó una serie de preguntas en torno a la educación e información recibida en torno a lo ocurrido en el país durante los ‘70, la segunda parte se dedicó a las percepciones de los entrevistados sobre lo ocurrido en aquel entonces y la tercera se centró en un conjunto de preguntas dedicadas a la actualidad. De las dimensiones relevadas mediante el análisis, en este trabajo en particular se recupera la causalidad de los hechos que se reconstruye a partir de la primera y segunda parte de las entrevistas y las representaciones de la política presentes a lo largo de las mismas.

*II - El proceso genocida de reorganización nacional*

De 1976 a 1983 hubo en el país lo que Feierstein (2016) presenta como dictadura institucional. Este tipo de dictaduras se “hacen cargo” del gobierno como institución y al buscar crear un nuevo orden político-social, buscan continuidad y justificación ideológica mientras combaten la subversión interna. Argentina en particular se distinguió por la sistematicidad con la que se desenvolvió este combate, de hecho, con el tiempo terminaría exportando su *know how.* Esto se debe a que se trató de una etapa más de un viejo enfrentamiento social (Flaskamp 2002). Según Silveyra (2021), los procesos de conflictividad social previos al golpe de Estado de 1976 habían logrado construir un proceso de aprendizaje. La autora propone pensarlo en forma espiralada “lucha-conquistas y derrotas/aprendizajes-lucha; donde la nueva vuelta del espiral, las nuevas luchas, comenzaban con el nuevo acumulado de las experiencias previas, de modo tal que el esquema sintetizado podría expresarse como lucha-lucha”. (Silveyra, 2021: 3).

Los grupos revolucionarios se planteaban la disputa por la hegemonía y el monopolio de las fuerzas armadas del Estado y la clase obrera fue estableciendo alianzas con otros sectores sociales, consolidándose así como fuerza social y política. No se trataba ya de pequeños grupos armados sino de un proceso que, en defensa de la continuidad de la protesta social, rebasaba en forma abierta y directa los aparatos armados represivos (Marín 2003). Dicho proceso acaudillado por los sectores obreros era apoyado por gran parte de la población gracias a su legitimidad y capacidad de convocatoria, era eso quizás el núcleo de su peligrosidad. “Daba la sensación (...) de que el poder de la sociedad había dejado de estar "concentrado" y se había desmembrado en sus partes constitutivas a lo largo y ancho de todo el país” (Marín, 2003: 41).

Calveiro (1998) destaca a los jóvenes dentro de este proceso, señalando que desde la izquierda y ciertas facciones del peronismo buscaban una sociedad mejor, “pretendían ser la vanguardia que abriría el camino, aun a costa de su propio sacrificio, para una Argentina más incluyente” (Calveiro, 1998: 8). También advierte que no es posible comprender lo sucedido sin dar cuenta de esta situación previa y las características de los actores políticos que años más tarde administrarían o padecerían el terror. “No existen en la historia de los hombres paréntesis inexplicables. Y es precisamente en (...) esos momentos molestos y desagradables que las sociedades pretenden olvidar (...) donde aparecen sin mediaciones ni atenuantes, los secretos y las vergüenzas del poder cotidiano” (Calveiro, 1998: 16).

Efectivamente, lo sucedido en los ‘70 no representa un proceso irracional sino un proceso genocida preparado, como bien señala Izaguirre (2009) con las armas en una mano y la ley en la otra. Vega Martínez (2004) habla de una necesidad de destrucción de la fuerza social revolucionaria y de la planificación de una estrategia “cuya táctica política desarrolló una tecnología propia, con un elemento central y articulador; el secuestro y la aniquilación sistemática por desaparición de la mayoría de los cuerpos populares que conformaban dicha fuerza*”* (Vega Martínez, 2004: 160). En esta línea, Lazzarato (2020) señala la genealogía oscura del neoliberalismo, un intervencionismo previo *“*donde los torturadores militares se codean con los delincuentes de la teoría económica” (Lazzarato, 2020: 3). Para el autor, la estrategia neoliberal es a la vez económica y subjetiva y en el caso argentino el despliegue de un proceso social genocida fue condición necesaria para la implementación del nuevo modelo de país “caracterizada por la concentración de la riqueza, la pérdida de conquistas históricas de sus clases trabajadoras y la desaparición de vastos espacios y bienes públicos” (Restivo y Dellatorre, 2005: 18). Al término de la dictadura, la sociedad argentina había sufrido una compleja pérdida social.

Con demasiada frecuencia, lo pasado resulta frivolizado y normalizado y frente a esta amenaza, sería *“*un error imperdonable poner en duda la eficacia inmediata que tuvo el remedio genocida” (Marin, 2003: 12). A la eficacia inmediata planteada por el autor, se suman los efectos posteriores que como explica Vega Martínez (2004) comienzan a evidenciarse una vez transcurrido cierto tiempo social y frente a la emergencia de determinados fenómenos sociales. De allí la importancia de analizar las representaciones de los más jóvenes, nacidos dentro de una sociedad que ha sufrido el "quiebre de la deseabilidad y factibilidad de la política como herramienta para la construcción de autonomía'' (Silveyra, 2022: 174).

*III – Significaciones de los jóvenes sobre el genocidio de los '70*

Tal como se adelantó, el corpus empírico que sustenta este trabajo está conformado por diez entrevistas en profundidad realizadas a jóvenes de entre 18 y 30 años del AMBA en septiembre de 2021. Seis entrevistas se realizaron a jóvenes que habitan en el Conurbano Bonaerense y el resto a jóvenes que habitan en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Todos los entrevistados son estudiantes terciarios, tres de ellos transitaron su vida académica completamente en el ámbito público, cuatro en el ámbito privado y los tres restantes tienen una trayectoria mixta. Del total, sólo tres expresan haber militado en algún momento de sus vidas, ya sea dentro o fuera del ámbito educativo.

De acuerdo a lo planteado en la Introducción, para este trabajo en particular se recuperaron dos grandes dimensiones. En primer lugar, la causalidad de los hechos, reconstruida a partir de los dos primeros bloques de preguntas de las entrevistas; el primero dedicado a las explicaciones recibidas sobre lo ocurrido en los ‘70 en el país y el segundo a las percepciones personales al respecto. La segunda dimensión está dedicada a las representaciones de la política que, si bien se analiza a partir del tercer bloque de preguntas, dedicado a las opiniones actuales, también se recuperan comentarios presentes a lo largo de las entrevistas en general.

El análisis entonces se presenta estructurado de la siguiente manera; un primer momento dedicado a las explicaciones y causalidades que proponen los entrevistados, un segundo momento que articula dichas explicaciones con la actualidad y para finalizar, un apartado dedicado a las representaciones sobre la política -en sentido amplio-.

*III.I - La interpretación de los hechos*

La situación previa al golpe de Estado se describe como una situación tensa. Varios de los entrevistados plantean que el país presentaba una gran inestabilidad, que todo “ya estaba bastante convulsionado” (JF) y que el golpe de Estado constituyó un “final definitivo” (DB). Efectivamente, el contexto histórico y político en el que se produce el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional era complejo. Tal como se describió, los grupos revolucionarios se planteaban la disputa por la hegemonía y el monopolio de las fuerzas armadas del Estado y hacia 1975 esta posibilidad se tornaba cada vez más tangible.

Si bien es cierto que luego de la dictadura se acabó el clima de conflicto que se había extendido los años previos, los testimonios lo reconocen en términos diferentes a los de los trabajos académicos analizados anteriormente. Cuando los entrevistados señalan que la dictadura fue el punto final, subyace la percepción de que el fin de la conflictividad social fue producto de un deseo posterior de dejar atrás los tiempos violentos. Entrevistadas como DB consideran que “justamente lo que pasó es que esa dictadura demostró que no funcionan. Las dictaduras fueron algo que… siempre estaba presente la posibilidad. Siento que en el ‘83 se cortó, si o si”. En coincidencia con algunos de los elementos de la estructura de pacificación señalada por Silveyra (2022), para DB a causa de la brutalidad de la última dictadura “-la gente- se fue enterando y ahí empezó a fallar. Empezaron a perder el apoyo de gente que tal vez antes estaba al margen”. En este sentido, lo que diferencia a la dictadura del ‘76 de las anteriores fue la magnitud de su violencia, “por lo menos de lo que recuerdo haber estudiado, los primeros golpes de Estado a diferencia de la última dictadura… eran light” (FN). Y el hecho que hoy en día las dictaduras no sean una opción se debe al rechazo de la violencia en sí misma y a cierta necesidad social del “cierre definitivo de los temas del pasado” (Silveyra, 2022:174), que tanto daño causaron.

A pesar de la racionalidad con la que se planificó y ejecutó el genocidio, una de las reacciones más comunes frente a lo sucedido es la incomprensión. “Fue una locura” (DB), “lo estudié, pero no lo comprendo” (FN) son algunas de las afirmaciones provenientes de las entrevistas. Tal como se mencionó, la desaparición forzada de personas fue una herramienta central para el plan genocida argentino, tanto es así que, en nueve de diez entrevistas, se la identifica como uno de los hechos característicos del período. Pero a fin de recuperar lo sucedido para poder hacer una lectura crítica, conocer las técnicas sin reconstruir a quiénes estuvieron dirigidas resulta incompleto. Frente a la pregunta por las víctimas, en la mayoría de las entrevistas aparece el elemento de la diferencia ideológica; “las víctimas fueron víctimas básicamente por pensar diferente” (DB), “supongo que la principal causa fue oponerse al golpe” (HC), “no estaban de acuerdo con lo que hacían los militares” (FN) “fueron víctimas por estar en contra de lo que pasaba (...) por opinar manera distinta” (LV).

Solo una de las entrevistadas logra ir más allá de la esfera del “pensar” y plantea que las víctimas fueron aquellos que se revelaron respecto de las imposiciones de la dictadura, a quienes se aplicó un castigo ejemplar, “para que otra gente no piense igual” (MR). Pero el accionar de quienes terminaron siendo víctimas, no fue una respuesta al accionar del régimen militar sino la causa del mismo. Podría decirse entonces que, si bien todos identifican que hubo víctimas, no logran acceder -al menos en un primer acercamiento- a la identidad de las mismas. La figura del desaparecido aparece en tanto persona sobre la cual se ejercieron prácticas victimizantes, no se logra recuperar su identidad como articulador social desaparecido y mucho menos como militante. La misma carencia del plano político se repite ante la pregunta por los objetivos del régimen y el conflicto en general.

En sólo tres de las diez entrevistas realizadas se da cuenta de los objetivos sociales y económicos del aniquilamiento de los ‘70. LS habla de un “movimiento a nivel latinoamericano no solamente para disciplinar los cuerpos sino también instalar un determinado plan económico”. MR también advierte, “era necesario que pensemos de cierta forma para seguir ciertas órdenes, era para un resultado económico”. GC por su parte, distingue los objetivos políticos de los económicos y mientras afirma que los económicos se lograron, considera que no sucedió lo mismo con los políticos ya que no lograron eliminar ni el peronismo ni el resto de las ideologías.

En el resto de las entrevistas, reaparece la idea de la irracionalidad, “quien lo haya hecho tendrá sus razones (...) tal vez querían reorganizar la nación de alguna manera que a ellos le parecía adecuada (...) no sé si ocurrió o no, supongo que el objetivo sería ese dentro de su locura” (FN). Otros plantean que “no parece que hubiera habido un plan” (JF), que simplemente se trató de “organizar devuelta a toda la gente para que deje de tener estas ideas en la cabeza” (LV) o que de haber tenido objetivos no se lograron, porque al cabo de unos años volvió la democracia.

Al producirse las prácticas genocidas, el terror opera sobre todo el conjunto social “buscando desterrar y clausurar determinadas relaciones sociales, a la vez que fundar otras” (Feierstein, 2007: 104). Una vez comenzada la disputa simbólica, no es el despliegue de terror sino las representaciones las que pueden -o no- volver exitosa la transformación identitaria. Negar o desconocer qué identidad se buscó destruir es, en realidad, parte de la transformación de la identidad de los vivos, volviéndolos víctimas simbólicas. “No se puede olvidar que la sociedad fue la principal destinataria del mensaje. Era sobre ella que debía deslizarse el terror generalizado, para grabar la aceptación de un poder disciplinario y asesino” (Calveiro, 1998: 95). Para Marin (2003), la ignorancia de la sociedad argentina de ese momento “habría de tener un precio altísimo y tremendo” (Marin, 2003: 10), la ajenidad social respecto de las luchas sociales y políticas de los ‘70 las ocultó en una ignorancia fantasmal. Hoy en día esta ajenidad es narrativa y la conflictividad social sigue siendo en gran parte ignorada. Como consecuencia, el proceso autodenominado de Reorganización Nacional es visto -en la mayoría de las entrevistas- como un episodio irracional de nuestra historia y la falta de explicitud en sus objetivos da lugar a que algunos puedan pensar que “capaz ni siquiera conocían lo que era el terrorismo de Estado” (DB).

*III.II - La relación con la actualidad*

Frente a la pregunta por la comparativa entre la sociedad argentina antes y después de la dictadura de 1976, varias de las entrevistas coinciden en que la sociedad de hoy es mejor. GC por ejemplo considera que a partir de 1983 comenzó “una vida más democrática (...) un mayor interés por la vida política en general dentro de la sociedad”. MD por su parte, cree que la sociedad evolucionó, “nuestra generación, o por lo menos un par de generaciones más arriba, empiezan a ser más reveladores o tiene pensamiento crítico”. FN enuncia directamente que la sociedad antes “era un asco”, que ahora es mejor “hay más conciencia social (...) creo que avanzó la sociedad, mucho y en general para bien”.

DB y LV coinciden en el punto de la concientización e incluso plantean que “con los medios sería mucho más difícil no saber qué es lo que está pasando” (LV). “Sería inviable hoy en día porque la gente está más unida (...) nos enteramos más de lo que pasa día a día (...) la mentalidad de antes no es para nada la que es hoy en día” (DB). En realidad, lo que es inviable hoy en día es la reconstrucción de la territorialidad social arrasada, y lo seguirá siendo mientras los hechos se sigan narrando por fuera del escenario de conflictividad social de los ‘70 donde se produjeron.

En la entrevista a LS aparecen otro tipo de reflexiones. Frente a la misma pregunta, la entrevistada reconoce que en aquel entonces había una juventud movilizada y muy comprometida políticamente, “una sensación que ya no tenemos, esa idea de posibilidad de un cambio real (...) otro tipo de sociedad era posible entre los jóvenes”. MR coincide y reflexiona;

En ese momento todos militaban, todos estaban siempre hablando de política. Hoy en día, no te diría que estamos dormidos, pero capaz por la pandemia, o la vida, no hay tanto eso de estar en comunidad militando, en las escuelas, en la facultad. Se disipó ese movimiento de estar juntos (MR).

Cabe recordar que MR es de las pocas entrevistadas que reconoce los objetivos políticos y económicos del plan genocida de los ‘70, de allí el reconocimiento de esa pérdida de comunidad de la que habla. Se podría reformular el famoso dicho “uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde”, y plantear que uno no advierte lo que se ha perdido si no reconoce que -en algún momento- se tuvo. Será muy difícil que los entrevistados se reconozcan como afectados si no reconocen los objetivos del proceso o si piensan desde la irracionalidad el aniquilamiento y la selección de las víctimas.

Las narraciones que se han logrado imponer[[9]](#footnote-9) hasta el momento no posibilitan esta reconstrucción completa de los hechos. Además, se presentan como grandes relatos que terminan por volverse ajenos. “Si estas cosas las querés hablar bien, te tenés que leer 200 tomos de historia y yo no lo sé (...) tampoco lo estudié porque ninguna circunstancia me llevó a estudiarlo, como me dediqué a carreras que no tienen que ver con la historia” (FN). Para Calveiro (1998) “el olvido adopta muchas formas; la trivialización es sólo una de ellas” (Calveiro, 1998: 101), podría agregarse que otra de las formas del olvido es la historificación.

En relación a esto, LS advierte que por momentos las consignas por la Memoria, la Verdad y la Justicia “pasan a ser como intocables para la sociedad”. Pero el hecho de ser intocable no necesariamente deriva de una convicción social generalizada, de hecho, esos “valores que no se pueden tocar” (LS) son negados por algunos sectores. Resultará inevitable que futuras generaciones tengan dudas o reservas con las narrativas instauradas, de allí la necesidad de una estructura de sentido que pueda dar cuenta del proceso por completo y no sólo del terror. La inclusión del conflicto no sólo es necesaria a futuro, sino que es un gesto de justicia hacia el pasado.

Creo que hay que tener presente o seguir manteniendo estos valores a sostener y a cuidar. No como algo que se conquista… a veces también se vacían. Ese es el problema de estas frases… que terminan siendo slogans, se vacían de contenido. Hay que darle contenido cada vez que podamos (LS).

*III.III - Los efectos en el presente*

Al momento de identificar qué lugar le dan los jóvenes a la política en la actualidad, se identificaron diferentes elementos. En primer lugar, al reflexionar sobre la lucha por la memoria en la actualidad surge, en más de un caso, cierto descontento. JF sentencia; “no tendría que estar fusionado por el tema de los partidos políticos”, de manera similar DB opina que “está muy mezclado, Abuelas, peronismo, kirchnerismo (...) hoy está politizado el tema”. Según GC, la lucha por la memoria tendría que ser algo que reivindique la sociedad como entero y sin embargo “está muy asociado con una forma o parte de la política”. Constituye una “herramienta política” utilizada por algunos partidos y frente a esta situación, considera que es tan culpable quien acepta la “utilización política” como quien la propone.

¿Pero qué culpabilidad les cabe a aquellos que proponen discursos negacionistas? Lo curioso del descontento de algunas de las entrevistas, es que parecería ser únicamente para con los partidos que apoyan el movimiento de derechos humanos. Poco se dice de aquellos sectores que eligen no manifestarse a favor de estas consignas, o que incluso lo hacen en contra. El punto más preocupante quizás, sea que algunos de los entrevistados lo consideran coherente. FN plantea que, a su parecer, quienes más suelen participar de los actos del Nunca Más y “ese tipo de cosas” suelen ser aquellos que tienden a la izquierda ideológicamente hablando. “Me da la sensación de que aquellos que tratan de conmemorar ese tipo de cosas suelen ser más tirando a la izquierda o partidos relacionados con la defensa de la gente, el pueblo y la cercanía”, y en este sentido le parece lógico que lo hagan. Pero también encuentra lógico que otros partidos no lo hagan:

Yo no sé cuáles son las razones para que uno lo haga más que otros, pero me da la sensación de que tiene un poco de sentido por ejemplo… si analizas un gobierno de derecha o más liberal o que tenga más en su base la economía es lógico que hablen más de eso y no de otros temas (...) es difícil que un partido le de igual importancia a lo económico y a lo social (FN).

Esta reflexión encierra en sí misma una parte de derrota. El planteo sobre la dificultad para que un partido político preste igual atención a la economía y a la sociedad, demuestra que economía y política no sólo son omitidas en la estructura de sentido subyacente en la mayor parte de las entrevistas, sino que además son pensadas como esferas independientes incluso hoy en día. Como si los objetivos sociales y económicos de los gobiernos pudieran escindirse, o como si los objetivos sociales no hubiesen sido fundamentales para los objetivos económicos de la dictadura.

El régimen llamado del proceso propuso lograr la derrota plena del campo popular para reafirmar la hegemonía oligárquica en la sociedad. Logró este objetivo, no solamente mediante el terrorismo de Estado, sino también a través de la política económica que destruyó un parte considerable de la industria nacional y erró sobre el país las cadenas del endeudamiento externo (Flaskamp, 2002: 22).

En segundo lugar, aparece la concepción de la convicción política y la militancia como actos de fanatismo, “como si fuera un Boca River” (GC). Para HC el fanatismo no lleva a ningún puerto, “hay cosas buenas y malas, quizás algunos tienen más buenas que malas y otros más malas que buenas”, pero la forma de pensar no puede ponerse por delante del diálogo y el entendimiento entre unos y otros. JF utiliza militancia y “fanatismo político” como sinónimos y plantea que, al no ser fanático de nadie, lo que él quiere es que al país[[10]](#footnote-10) le vaya bien. La definición de la militancia política en términos de fanatismo no es todo, la connotación negativa de la actividad militante se ha logrado extender al punto tal que JF admite sentir miedo al pensar en las diferencias en la “opinión social” de la Argentina actual. “Puede haber distintas ideas, pero veo una cosa tan de contrincante que digo… pienso, que eso pasaba en ese momento… Esperemos que no caigamos en eso, se supone que algo aprendimos” (JF).

Al no reconocer la racionalidad y finalidad con la que se orquesta el genocidio reorganizador de los ‘70, JF termina por asociar el hecho de opinar distinto con la violencia y el terror. De hecho, si bien en el transcurso de la entrevista expresa estar de acuerdo con el reclamo de Memoria Verdad y Justicia, “pienso que si digo que lo apoyo capaz alguno me dice que soy de los suyos u otros me dicen que soy kirchnerista. Y no, no tiene nada que ver una cosa con la otra, no soy kirchnerista… ni macrista tampoco”. Los conceptos de suyos y otros, la necesidad de aclarar la no-pertenencia demuestran la carga negativa de la política en sentido amplio y también el efecto de temor que genera, incluso décadas después del aniquilamiento, el posicionamiento político.

La máxima expresión de la negatividad con la que se representa la política sea, quizás, el hecho que en 9 de las 10 entrevistas se la señala como causante de la fragmentación social en la Argentina actual. La política en sí misma no genera divisiones, si lo hace es en tanto defensa activa de intereses, los cuales generan la disputa real. En todo caso, la sociedad puede encontrarse fragmentada producto de una diferencia de opiniones y/o intereses, pero no por la mera existencia de “la política” y sin embargo en las entrevistas, es “la causa de todos los males”. “Me parece que está bastante fragmentado el país en tanto política” (DB), “la famosa grieta, que prácticamente ilustra que tenemos una sociedad eternamente dividida” (GC). FN señala directamente a “lo político” y según entrevistas como las de DB o LC la fragmentación es causada específicamente por el peronismo/kirchnerismo.

JF coincide, pero agrega que “afortunadamente no te andan persiguiendo como en aquella época”. Sobre este punto, Flaskamp (2002) argumenta que el orden democrático actual no se sostiene en un triunfo de la voluntad popular contra la tendencia autoritaria de los círculos autoritarios. “Es mucho más la derrota del pueblo, su temporaria pérdida de confianza en su capacidad liberadora, lo que hace posible que esos círculos continúen imperando sin necesidad de recurrir a la violencia represiva propia de las dictaduras” (Flaskamp, 2002: 223).

*IV - Reflexiones Finales*

En *Los hechos armados*, Marin advertía que “el reconocimiento del carácter institucional de la determinación genocida (...) es crucial” (Marin, 2003: 10). También planteaba que, hasta que la sociedad argentina no tomara conciencia crítica de la amplia y profunda decisión estatal, de nada serviría la condena a las FFAA exigiéndoles una expiación. Pero la racionalidad no perteneció solamente al campo del régimen, esto también debe ser recuperado desde las nuevas representaciones. El conflicto en general y los hechos armados en particular reflejaban, en la compleja red de asociaciones de sus atributos una parte sustancial de las luchas de clase del período, lo que Silveyra (2021) identifica como espiral lucha-aprendizaje. Con el proceso de conflictividad social se fue generando una lógica “que no se subordina a un supuesto irracionalismo de las organizaciones revolucionarias, ni de las acciones de los sectores populares” (Marin, 2003: 89).

Tal como señalaba Halbwachs (2004), la memoria es selectiva en tanto se conforma no solo de recuerdos sino también de olvidos. En el caso de la memoria histórica, estos recuerdos y olvidos dependerán de las narraciones disponibles sobre lo sucedido y los elementos que constituyan cada estructura de sentido. Según Jemio (2019), la amplificación del terror de aquel momento se traduce, hasta hoy en día, en la sensación de que nadie estaba a salvo del poder absoluto y arbitrario. Si esta sensación no es acompañada de una reconstrucción crítica del contexto en el que desplegó dicho poder, resultará paralizante. “Quizás los muertos, esos actores sin escena, puedan recordar y demostrarnos algo” (Marín, 2003: 47), entender a las víctimas dentro de la lógica genocida no sólo es necesario para la acción presente sino también para la justa reconstrucción de los hechos.

“El liberalismo económico hace lo posible por evitar que las fuerzas populares tomen conciencia de su situación, una conciencia que está forzosamente ligada a la memoria histórica, a la recuperación del pasado” (Flaskamp, 2002: 229). En este sentido, el análisis de las representaciones de los y las entrevistadas no debe realizarse desde una actitud de prejuicio[[11]](#footnote-11), sino que debe tener como objetivo el reconocimiento de los elementos frente a los cuales se debe disputar la realización simbólica del genocidio. Los alcances y limitaciones de las causalidades provenientes de las entrevistas señaladas en este trabajo, no son -ni deberían ser- más que herramientas para la revisión y la crítica de las estructuras de sentido con las que cuentan los más jóvenes para explicar-se- lo sucedido. La imposibilidad de algunos de aprehender lo ocurrido radica en el hecho de que las representaciones sobre lo sucedido que les han sido presentadas resultan -de una forma u otra- incompletas.

No hay que olvidar que no cuentan con memoria biológica sobre lo sucedido, sino que cargan la memoria histórica, por lo que sus representaciones deben entenderse en medio de la disputa por la realización simbólica. Como señala Duhalde (2013), los factores político-económicos que impulsaron el golpe de Estado se encuentran aún presentes y si bien usan otros instrumentos, el combate continúa. El desafío es construir un discurso narrativo que no esté cristalizado ni sea estático -lo que LS define como *slogans-*. Una explicación “que puedan reapropiarse las nuevas generaciones desde la propia mirada del presente que les toque vivir, garantizándoles así el derecho a conocer su propia historia y de receptar la memoria colectiva” (Duhalde, 2013: 25).

Para Silveyra (2021), “cuando decimos SON 30 mil, decimos que algo de aquella comunidad -**aunque todavía nos cueste saber qué [[12]](#footnote-12)**- está entre nosotros, nos constituye” (Silveyra, 2021: 7). Al incorporarnos al nosotros y al tiempo presente, se vuelve a construir una posibilidad de comunidad de acogida y según la autora, “torcemos el brazo un poco a nuestro favor en la pulseada por el éxito del proceso genocida” (Silveyra, 2021: 7). Con la configuración de una estructura de sentido que permita reconocer qué hay entre nosotros de aquella comunidad y qué arrancaron, quizás pueda ganarse la pulseada por completo.

*Referencias Bibliográficas:*

**Calveiro, P.** (1998) *Poder y* *desaparición: los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires. Colihue.

**Duhalde, E.** (2013) *El Estado terrorista argentino*. Buenos Aires: Editorial Colihue.

**Feierstein, D.** (2007) *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina.* Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

**Feierstein, D.** (2012) *Memorias y representaciones. Sobre la elaboración del genocidio.* Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

**Feierstein, D.** (2016) *Introducción a los Estudios sobre Genocidio*, Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

**Flaskamp, C.** (2002) Organizaciones político militares. Testimonio de la lucha armada en Argentina (1968-1976). Buenos Aires. Ediciones Nuevos Tiempos

**Halbwachs, M.**(2004) *La memoria colectiva*. Zaragoza. Prensas Universitarias de Zaragoza.

**Izaguirre, I.** (2009) *El mapa social del genocidio*. *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina 1973-1983*. Buenos Aires. Eudeba.

**Jemio, A.** (2019) *El Operativo Independencia en el sur tucumano (1975-1976). Las formas de la violencia estatal en los inicios del genocidio (Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales).* Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

**Lazzarato, M.** (2020) *El capital odia a todo el mundo: fascismo o revolución*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

**Levy, G.** (2011) *El presente del pasado: las representaciones acerca del pasado dictatorial en estudiantes de escuelas secundarias del partido de Tres de Febrero*. Revista Tela de Juicio volumen 5.

**Marín, J.** (2003) *Los Hechos Armados.* Buenos Aires: Pi. Ca. So. - La Rosa Blindada.

**Restivo, N. y Dellatorre, R.** (2005) *El Rodrigazo 30 años después. Un ajuste que cambió al país.* Buenos Aires. Editorial Claves para todos.

**Silveyra, M** (2020) *La sentencia del juicio a las juntas militares. Sentidos sobre el*

*proceso histórico que se resignifican en el presente.* Revista Question, I (65).

**Silveyra, M.** (2021) *Conjugaciones*. Programa de apoyo a juicios Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

**Silveyra, M.** (2022) *Presentes historizados. Sentidos sobre el genocidio argentino (1983-2014).* Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional Autónoma de México Nueva Época, Año lxvii, núm. 244.

**Vega Martínez, M.** (2004) *La desaparición: irrupción y clivaje*. En Ruth Sautu (Comp.) *El método biográfico. La reconstrucción de la memoria de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Buenos Aires: Ediciones Lumiere.

1. Dentro del genocidio moderno o de las prácticas sociales genocidas el autor distingue cuatro tipos básicos a saber; genocidio constituyente, genocidio colonialista, genocidio poscolonial y genocidio reorganizador. [↑](#footnote-ref-1)
2. En términos de la ya famosa frase de Pablo Neruda. [↑](#footnote-ref-2)
3. Conformado por las 5 etapas anteriores. [↑](#footnote-ref-3)
4. Al no tratarse de un proceso dicotómico, un genocidio no puede -ni debe- pensarse en términos de realizado / no realizado. [↑](#footnote-ref-4)
5. Un conjunto de representaciones cuya relación e interacción en un tiempo y territorio específicos “construyen un determinado modelo explicativo que da sentido al presente a través de las concepciones sobre el pasado (y al pasado a través de las concepciones del presente)*”* (Silveyra, 2020: 5). [↑](#footnote-ref-5)
6. Así lo expresa el informe de la CONADEP. [↑](#footnote-ref-6)
7. Abriendo así la posibilidad de dar relevancia a elementos que no aparecen en las otras estructuras. [↑](#footnote-ref-7)
8. Expresión retomada del discurso de asunción del ex presidente Néstor Kirchner el 25/05/2003. [↑](#footnote-ref-8)
9. En los términos de hegemonía que propone Silveyra (2022) [↑](#footnote-ref-9)
10. “El país” es pensado como un todo indivisible, los partidarios de cualquier signo aparecen entonces como aquellos que con sus intereses particulares van en contra de esa unidad. [↑](#footnote-ref-10)
11. De nada serviría desacreditar las causalidades que creemos erróneas. “*Lo importante es ver qué de todo eso tenemos, que de todo eso es capaz de reactivarse (...) cuidado porque nosotros somos eso también*” (LS). [↑](#footnote-ref-11)
12. Las negritas son propias. [↑](#footnote-ref-12)